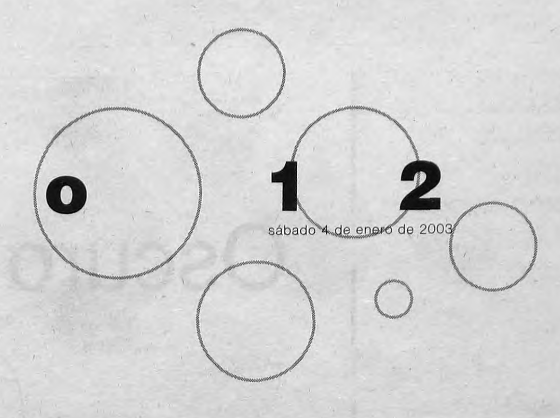
verano 12
sábado 4 de enero de 2003



ESTAR EN EL AIRE

Por Rodrigo Fresán

De vez en cuando, a punto de salir volando, encontramos sentado a nuestro lado a un desconocido que nos confiesa, con una sonrisa tímida y nerviosa, que es la primera vez que se sube a un avión. Uno, claro, no sabe si compadecerlo o envidiarlo porque dentro de unos minutos ese pasajero en trance perderá la virginidad en las alturas y ya nunca volverá a ser el mismo. Porque uno de los instantes más iniciáticos en la vida de todo ser humano es el acto de mirar por la ventanilla y ver ahí abajo las luces, los verdaderos trazos en el mapa del planeta, la inmensa pequeñez de todo. Un humilde consejo: jamás intentar comprender cómo es que vuelan los aviones. Tampoco preguntarlo, porque la explicación que nos acabará ofreciendo cualquier persona informada y de buena voluntad sólo servirá para aumentar el misterio del vuelo.

El inglés Malcolm Clarence Lowry (1909-1957) voló demasiado alto y se le quemaron las alas y cayó en picada no sin antes escribir varios libros formidables, una de las más grandes novelas del siglo XX –*Bajo el volcán* (1947)– y convertir el gran accidente de su vida en materia dolorosamente literaria en la que prima el signo desorientado de lo nómade sin mapa, del viaje sin destino fijo. "Viajar es una neurosis", definió alguna vez. En uno de los inserts fotográficos de la biografía definitiva del autor –*Pursued by Furies: A Life of Malcolm Lowry*, de Gordon Bowker– aparece una foto de Lowry que lo dice y lo cuenta todo: Lowry bajando por la escalerilla de un avión, despeinado, los ojos detrás de anteojos oscuros, los brazos sosteniendo como pueden dos valijas y una sonrisita pícara en los labios. Es la foto de Lowry llegando a Los Angeles luego de haber sido deportado de México, el centro terrible e infernal de su literatura. Es la foto –se nota– de un deportado de todas partes y feliz degustador de esas botellitas alcohólicas entre las nubes. Debería tener su gracia volar con Lowry al lado. O no, mejor no.

Oscuro como la tumba donde yace mi amigo (publicada póstumamente por Margerie Bonner Lowry en 1968) narra el viaje a México que terminaría en la deportación (episodio que Lowry narraría en la novela todavía hoy inexplicablemente inédita en español *La mordida*) con, una vez más, intenciones dantescas. Y empieza en un avión y con alguien mirando por la ventanilla. Alguien que –como ciertas aeronaves– sabe perfectamente qué es eso de la fatiga de materiales. En el prólogo al libro, Douglas Day apunta: "Así pues, el héroe no es simplemente un alter-ego de Lowry llevando a su mujer de vacaciones a México: es un Dante o un Virgilio que desciende al infierno. Y el infierno no es otro que el suyo propio... El primer párrafo, veloz y sin aliento, nos impulsa junto al héroe en esa dirección, hacia abajo". Ajustarse los cinturones, turbulencias más adelante.

Oscuro como la tumba don

La alegría no mitigaba del todo esos otros sentimientos que lo roían, que Sigbjorn cuidaba de no dejar traslucir, de dolor, de ruidoso fracaso y, aun ahora, en un momento en que no parecía que pudiese tener muchas preocupaciones, de pánico ciego, total y permanente.

Por Malcolm Lowry

La sensación de velocidad, de gigantesca transición, de ir hacia el sur, hacia abajo, por sobre tres países, las tremendas cadenas de montañas, la sensación a un tiempo de descenso, de regresión tremenda y de desplazarse, sin movimientos sino cayendo de otra manera por el mundo, por el mapa, como ante la inminencia de algo grande, fenomenal, y, sin embargo, la sombra móvil del avión debajo de ellos, la eterna cruz en movimiento, menos fugaz y más sólida que la borrosa idea que Sigbjorn tenía en mente acerca del significado de lo que estaba haciendo en realidad; y sin embargo sólo era posible concentrarse sobre aquella sombra y aun así por cortos períodos: la cosa misma los encerraba como la gran máquina vigorosa con su monótono clamor ronroneante, incesante, en la que iban no muy cómodamente sentados, Sigbjorn con el pie en alto, cohibido porque se había quitado el zapato; un destino en marcha; ensordecedor, continuamente renovado y burlador del tiempo, que los encerraba pero del que sólo podían ver la parte interior, pues del propio objeto estilizado, de color platino, apenas podían vislumbrar un ala, una hélice, a través de las tontas ventanitas angostas y oblongas. Sin embargo,la sensación de aventura, si bien Sigbjorn la tenía sobre todo por Primrose, era también tremenda y ahora, mientras estaban sentados tomándose de la mano, Primrose en éxtasis ante la ventana (la atronadora, enmudecedora voz del avión), el alivio, la alegría; habían pasado, sí, estaban más allá de la barrera –o de una de ellas, esto era seguro– habían pasado la aduana, habían partido, estaban en los Estados Unidos; a la izquierda se hallaba Oregon, a la derecha las montañas de la costa del Pacífico, pero la alegría no mitigaba del todo esos otros sentimientos que lo roían, que Sigbjorn cuidaba de no dejar traslucir, de dolor, de ruidoso fracaso y, aun ahora, en un momento en que no parecía que pudiese tener muchas preocupaciones, de pánico ciego, total y permanente.



Saliendo de Oregon a la puesta del sol, nubes talladas en basalto negro con una orla de jade verde-turquesa –¿tenían minas de jade en Oaxaca?– y la luz que fluía, de un puro naranja dorado.

–Nunca se vio semejante puesta de sol en la tierra –dijo Primrose; y en verdad así era, pensó Sigbjorn: esta gran puesta de sol negra y basáltica sobre los bosques quemados de Oregon, el oro ardiente y los grandes haces de luz abrasadora sobre pilas de nubes negras de diez millas de altura, entretejidas con estos haces de luz sobrenatural y de presagios aterradores.

–Ya pasó –dijo Primrose. –¿Ahora ves que estabas equivocado?

–Estamos retrasados, también –dijo Sigbjorn, mirando su nuevo reloj de pulsera antimagnético francés, regalo anticipado de Primrose para el aniversario de su casamiento.

–Pero estamos en Estados Unidos y tú dijiste que nunca podrías volver aquí.

En Estados Unidos, pero no en México todavía –dijo Sigbjorn, y Primrose Wilderness rió–. Pero me imagino que Fernando puede esperar una semana o más, ya que esperó más de siete años –agregó él–. Pero es verdad. Aquí estamos y nunca creí que llegaríamos ni siquiera a los Estados Unidos.

–Y estamos en nuestra luna de miel.

–Cinco años.

Iban sentados en la parte posterior del avión (en los asientos de atrás, para que nadie lo viese a él) y Sigbjorn la besó.

A la derecha de ellos brillaba una estrella, en medio de la agonía del poniente sobre el horizonte.

–Altair– dijo Primrose.

–Y pronto veremos la Cruz del Sur.

–Mañana, tal vez... y también todo Eridanus.

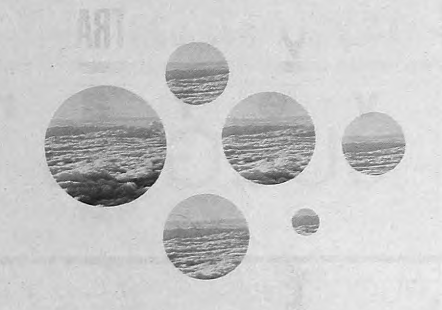
Y era verdad, habían pasado más allá de la barrera, o de la primera barrera, y hacia la derecha se extendían las montañas de la costa delPacífico y el mar, la misma cadena a cuya sombra vivían allá en Canadá, que continuaba hasta la Tierra del Fuego, el Cabo de Hornos; el mismo mar junto al que también vivían y lamía las playas de la Bahía de Acapulco, de dudosa memoria y ¿de qué promesa para el futuro?

Era como si, desde ese día de ruina, el 6 de junio de 1944 (mañana sería 7 de diciembre –¡7 de diciembre!– de 1945) en que Sigbjorn había aflojado poco a poco la fuerza con que se asía a la vida –en algún sentido, lo habían hecho ambos– no se hubiesen soltado del todo, pero cayeron y ahora se hallaban a un nivel más bajo que antes; su matrimonio y hasta sus vidas peligraban y él, sabiéndolo, nada hacía por impedirlo (su matrimonio era casi la exacta contraparte de su casa: ésta se había derrumbado y no estaba aún del todo reconstruida); él estaba utilizando la necesidad de su mujer y el hecho de que ella no hubiese visitado nunca un país extranjero, como pretexto para gratificar su propia necesidad... ¿de qué? Era acaso... ¿Qué sería sino la muerte? ¿O tal vez este viaje, ostensiblemente para Primrose, sería algo que la naturaleza, el destino, le estaba dando a cambio de la pérdida del libro...?

Así como había tomado su primera copa, después de tres años, el 6 de junio de 1944, hoy –después de otro período de abstinencia– había empezado a beber; un poco, no mucho, para celebrar. ¿Por qué le había defraudado tanto el que hubiese algún tipo de prohibición en Portland? ¿Qué le significaba San Francisco excepto otro trago? De escocés, esta vez, que no podía conseguir en Canadá. ¿Por qué había elegido entre todos a Fernando Martínez, como una especie de pretexto para ir a México? ¿Qué le significaba su amigo, su personaje el doctor Vigil, sino una nostalgia por el delirio? O el olvido. Y ¿qué le significaría encontrarlo sino otra excusa, así como aquellas que le gustaba hallar al Cónsul, para "celebrar"?

Sin embargo, Sigbjorn tenía un sentimiento de esperanza; o, por lo menos, después de su enfermedad y la de su esposa, un sentimiento que no era intenso, algo conmovedor, como si al levantarse en una mañana de invierno y mirar el jardín, hubiese visto en flor un manzano silvestre.

Aquel había sido un día de oscuridad, lobreguez y lluvia. Cuando salieron para el aeropuerto de Vancouver fue una garúa y, cuando el avión despegó finalmente, un chubasco: remolinos y latigazos de lluvia sobre el aeropuerto de Seattle; los inspectores de aduana entre los charcos –Sigbjorn se estremeció. ¡Inspectores de aduana! ¡Qué miedo les tenía a esos seres! ¿Se le pasaría alguna vez? Y lo asaltó otra vez el recuerdo de esa mañana, hacía más de seis años, en que lo habían devuelto al Canadá en la frontera de los Estados Unidos. Eso ocurrió en septiembre de 1939 y estaba tratando de entrar a los Estados Unidos en ómnibus, por Blaine, Washington, a fin de verla a Primrose en San Francisco– "por última vez", como les dijo



Oscuro como la tumba donde yace mi amigo

La alegría no mitigaba del todo esos otros sentimientos que lo roían, que Sigbjorn cuidaba de no dejar traslucir, de dolor, de ruidoso fracaso y, aun ahora, en un momento en que no parecía que pudiese tener muchas preocupaciones, de pánico ciego, total y permanente.

Por Malcolm Lowry

La sensación de velocidad, de gigantesca transición, de ir hacia el sur, hacia abajo, por sobre tres países, las tremendas cadenas de montañas, la sensación a un tiempo de descenso, de regresión tremenda y de desplazarse, sin movimientos sino cayendo de otra manera por el mundo, por el mapa, como ante la inminencia de algo grande, fenomenal, y, sin embargo, la sombra móvil del avión debajo de ellos, la eterna cruz en movimiento, menos fugaz y más sólida que la borrosa idea que Sigbjorn tenía en mente acerca del significado de lo que estaba haciendo en realidad; y sin embargo sólo era posible concentrarse sobre aquella sombra y aun así por cortos períodos: la cosa misma los encerraba como la gran máquina vigorosa con su monótono clamor ronroneante, incesante, en la que iban no muy cómodamente sentados, Sigbjorn con el pie en alto, cohibido porque se había quitado el zapato; un destino en marcha; ensordecedor, continuamente renovado y burlador del tiempo, que los encerraba pero del que *sólo podían ver la* parte interior, pues del propio objeto estilizado, de color platino, apenas podían vislumbrar un ala, una hélice, a través de las tontas ventanitas angostas y oblongas. Sin embargo,la sensación de aventura, si bien Sigbjorn la tenía sobre todo por Primrose, era también tremenda y ahora, mientras estaban sentados tomándose de la mano, Primrose en éxtasis ante la ventana (la atronadora, enmudecedora voz del avión), el alivio, la alegría; habían pasado, sí, estaban más allá de la barrera –o de una de ellas, esto era seguro– habían pasado la aduana, habían partido, estaban en los Estados Unidos; a la izquierda se hallaba Oregon, a la derecha las montañas de la costa del Pacífico, *pero la alegría no mitigaba del* todo esos otros sentimientos que lo roían, que Sigbjorn cuidaba de no dejar traslucir, de dolor, de ruidoso fracaso y, aun ahora, en un momento en que no parecía que pudiese tener muchas preocupaciones, de pánico ciego, total y permanente.

Saliendo de Oregon a la puesta del sol, nubes talladas en basalto negro con una orla de jade verde-turquesa –¿tenían minas de jade en Oaxaca?– y la luz que fluía, de un puro naranja dorado.

–Nunca se vio semejante puesta de sol en la tierra –dijo Primrose; y en verdad así era, pensó Sigbjorn: esta gran puesta de sol negra y basáltica sobre los bosques quemados de Oregon, el oro ardiente y los grandes haces de *luz abrasadora sobre pilas de nubes* negras de diez millas de altura, entretejidas con estos haces de luz sobrenatural y de presagios aterradores.

–Ya pasó –dijo Primrose. –¿Ahora ves que estabas equivocado?

–Estamos retrasados, también –dijo Sigbjorn, mirando su nuevo reloj de pulsera antimagnético francés, regalo anticipado de Primrose para el aniversario de su casamiento.

–Pero estamos en Estados Unidos y tú dijiste que nunca podrías volver aquí.

En Estados Unidos, pero no en México todavía –dijo Sigbjorn, y Primrose Wilderness rió–. Pero me imagino que Fernando puede esperar una semana o más, ya que esperó más de *siete años –agregó él–*. Pero es verdad. Aquí estamos y nunca creí que llegaríamos ni siquiera a los Estados Unidos.

–Y estamos en nuestra luna de miel.

–Cinco años.

Iban sentados en la parte posterior del avión (en los asientos de atrás, para que nadie lo viese a él) y Sigbjorn la besó.

A la derecha de ellos brillaba una estrella, en medio de la agonía del poniente sobre el horizonte.

–Altair– dijo Primrose.

–Y pronto veremos la Cruz del Sur.

–Mañana, tal vez... y también todo Eridanus.

Y era verdad, habían pasado más allá de la barrera, o de la primera barrera, y hacia la derecha se extendían las montañas de la costa delPacífico y el mar, la misma cadena a cuya sombra vivían allá en Canadá, que continuaba hasta la Tierra del Fuego, el Cabo de Hornos; el mismo mar junto al que también vivían y lamía las playas de la Bahía de Acapulco, de dudosa memoria y ¿de qué promesa para el futuro?

Era como si, desde ese día de ruina, el 6 de junio de 1944 (mañana sería 7 de diciembre –¡7 de diciembre!– de 1945) en que Sigbjorn había aflojado poco a poco la fuerza con que *se asía a la vida –en algún sentido, lo habían* hecho ambos– no se hubiesen soltado del todo, pero cayeron y ahora se hallaban a un nivel más bajo que antes; su matrimonio y hasta sus vidas peligraban y él, sabiéndolo, nada hacía por impedirlo (su matrimonio era casi la exacta contraparte de su casa: ésta se había derrumbado y no estaba aún del todo reconstruida); él estaba utilizando la necesidad de su mujer y el hecho de que ella no hubiese visitado nunca un país extranjero, como pretexto para gratificar su propia necesidad... ¿de qué? Era acaso... ¿Qué sería sino la muerte? ¿O tal vez este viaje, ostensiblemente para Primrose, sería algo que la naturaleza, el destino, le estaba dando a cambio de la pérdida del libro...?

Así como había tomado su primera copa, *después de tres años, el 6 de junio de 1944,* hoy –después de otro período de abstinencia– había empezado a beber; un poco, no mucho, para celebrar. ¿Por qué le había defraudado tanto el que hubiese algún tipo de prohibición en Portland? ¿Qué le significaba San Francisco excepto otro trago? De escocés, esta vez, que no podía conseguir en Canadá. ¿Por qué había elegido entre todos a Fernando Martínez, como una especie de pretexto para ir a México? ¿Qué le significaba su amigo, su personaje el doctor Vigil, sino una nostalgia por el delirio? O el olvido. Y ¿qué le significaría encontrarlo sino otra excusa, así como aquellas que le gustaba hallar al Cónsul, para "celebrar"?

Sin embargo, Sigbjorn tenía un sentimiento de esperanza; o, por lo menos, después de su enfermedad y la de su esposa, un sentimiento que no era intenso, algo conmovedor, como si al levantarse en una mañana de invierno y mirar el jardín, hubiese visto en flor un manzano silvestre.

Aquel había sido un día de oscuridad, lobreguez y lluvia. Cuando salieron para el aeropuerto de Vancouver fue una garúa y, cuando el avión despegó finalmente, un chubasco: *remolinos y latigazos de lluvia sobre el* aeropuerto de Seattle; los inspectores de aduana entre los charcos –Sigbjorn se estremeció. ¡Inspectores de aduana! ¡Qué miedo les tenía a esos seres! ¿Se le pasaría alguna vez? Y lo asaltó otra vez el recuerdo de esa mañana, hacía más de seis años, en que lo habían devuelto al Canadá en la frontera de los Estados Unidos. Eso ocurrió en septiembre de 1939 y estaba tratando de entrar a los Estados Unidos en ómnibus, por Blaine, Washington, a fin de verla a Primrose en San Francisco– "por última vez", como les dijo desatinadamente a los inspectores de la inmigración. De cualquier modo, aquí estaban ahora habiendo pasado esa frontera, más allá de ella, y una sensación de intensa libertad lo poseyó ante esa idea: la de volar hasta el final de los Estados Unidos, bajando por el costado *oeste del mapa, sobre ese territorio que le* fue prohibido (asolado por el fuego, aquí también, hasta donde llegase la mirada); prohibido no sólo porque lo señalaron como una persona capaz de convertirse en una carga pública, sino porque el territorio era neutral en aquel momento y él se proponía cruzarlo para pelear en una guerra extranjera en la que, dicho sea de paso, jamás participó en calidad de nada; de modo que era verdad que ese revés le había salvado la vida, cosa por la cual olvidaba a menudo de estar agradecido –¿lo estaría alguna vez, excepto cuando la interpretaba como "nuestra vida juntos"?– bajando, bajando, por encima de las cordilleras occidentales, ganándole a la puesta del sol; pero bajando ahora hacia la oscuridad total, *volando a Frisco que escupía fuego, luces co*mo una lazada, ciudades como azúcar cande, luces como un signo de interrogación, una estación de ómnibus hecha de perlas... bajaron para beber una copa. En el aeropuerto de San Francisco el tiempo era bueno, con estrellas claras. "Alis volat propiis", comentó Sigbjorn, volviéndose un instante hacia el fiel avión, que se veía en su talante menos familiar, silencioso y estacionario, dócil objeto perteneciente a un campo de aterrizaje.

–¿Qué significa eso?

–¿Tiene que decirte un inglés el lema de tu propio estado?

Vuela con sus propias alas, no como el inexistente pájaro con una sola. Bueno, es el de Oregon o el de California.

–No es el de California. ¿*Así* que conseguiste, por fin, llegar a San Francisco?

Primrose podía reír ahora.

–¿Este es su primer vuelo? –les preguntaba un compañero de viaje.

–No, pero es nuestra primera copa de whisky escocés decente desde hace media década –dijo Sigbjorn, aunque ahora que la tenía el sabor le pareció un poco a medicina y, lejos de pedir otra, le dio a Primrose la mitad de la *suya*.

–¿Ustedes son de Seattle?

–Canadá... Es decir, mi mujer es norteamericana. Yo soy... bueno... de cualquier modo...

–Cincuenta céntimos por un trago –decía Primrose–. Es realmente caro.

–¡Y cómo! ¿De vacaciones?

–Estamos en nuestra luna de miel.

–Ah...

–Nos vamos a ver a un amigo mío en México, si es que todavía está allí... Hace cinco años que nos casamos, pero todavía estamos en nuestra luna de miel –Sigbjorn explicó apresuradamente–. Pero –agregó luego– nuestra casa se quemó... aunque salvamos el bosque.

Aunque este último suceso había tenido lugar hacía dieciocho meses, los Wilderness todavía sentían la necesidad de hablar de ello, *evidentemente. Pero ¿tendría* algo que ver con el hecho de que él, Sigbjorn, tuviese esa ridícula necesidad de dar cuenta y razón de sí? Y ¿por qué había mencionado eso de la luna de miel, una pequeña broma íntima entre él y Primrose? ¿Por qué hacía estas cosas? Y ¿por qué demonios todo el mundo era tan suspicaz, todavía? ¿Qué derecho tenían de interrogarlo a uno? –se preguntó Sigbjorn mientras subían otra vez al avión, lamentando ahora el haber hablado de México, cosa que podría parecer sospechosa en sí. Y eso, después de tres meses de concluida la guerra. Tal vez fuese el abrigo de Primrose, de zorrino del Artico, el regalo anticipado de él para el aniversario de su casamiento: las gentes podrían creerla una espía rusa. *Justamente ahora había* en Canadá un ambiente de miedo al espionaje y, a juzgar por las apariencias, el de Estados Unidos era peor aún. El solo hecho de venir del Canadá, con su relativa proximidad a Rusia, podría parecer todavía más sospechoso que el de ir a México. Sigbjorn estaba tan perturbado, con toda seriedad, que ahora sentía haberle dado la mitad de su copa a Primrose; su cinturón de seguridad le daba trabajo y, después que la nueva azafata colgó, llena de admiración, el hermoso abrigo, Primrose tuvo que ajustarle la correa. Se elevaban sobre San Francisco; se inclinó para ver las luces otra vez, abajo y detrás, a la distancia, y Sigbjorn pensó en el atronar diatónico de la sirena de nieblas en el gran puente. Aquella vez que le negaron la entrada en la frontera, se había imaginado cruzando el puente con Primrose. Ni siquiera ahora podía pensar en cómo ella lo esperó en vano en esa ciudad, pues así ocurrió. Sus primeros mensajes se habían perdido, de algún modo. No obstante, todo llevó a una conclusión dichosa: Primrose fue en cambio al Canadá y ahora, después de un matrimonio feliz de varios años, estaban volando sobre el puente, hab*ían pasado literalmente por encima de él, co*mo diría ella. Cuando soltaron sus cinturones, Primrose se dispuso a dormir sobre el hombro de Sigbjorn, mientras él se preguntaba si tendría suficiente coraje como para quitarse los zapatos. Decidió, a pesar de que sus asientos estaban detrás, que no lo tenía. Absteniéndose de fumar por temor amolestarla, Sigbjorn se las arregló de algún modo para mantener en alto su pie derecho: ambos pies estaban ligeramente hinchados todavía, pero el derecho era el peor. Faltaban quinientas millas para la próxima escala, Los Angeles. Y, aunque el vuelo fuese una forma de viajar que recibía más elogios de los merecidos, esto era mejor al menos que estar sentado con los dos pies en un balde de agua caliente, cinco minutos después de tenerlos en otro de agua fría, en su pobre *casa amada y lluviosa en Eridanus, British* Columbia, que estuvieron construyendo sobre lo que quedaba de su viejo solar incendiado, entre la ensenada y el bosque –era mejor, por cierto, para la pobre Primrose que, ahora que se les había secado el pozo, tenía que arrastrar ella misma el agua desde el almacén, y esto poco después de recobrarse de una peligrosa infección.

–Venga aquí, hijo; tendrá una vista mejor.

–El pasajero que les había hablado en el bar se inclinaba sobre el pasillo y Sigbjorn, viendo que ahora había un asiento vacío al lado de él, sonrió a Primrose y fue a sentarse en el otro lugar, preguntándose al mismo tiempo por qué había permitido que presu*miesen* que deseaba hacerlo. Acaso fue aquello de "hijo" lo que lo consiguió; lo conmovió de alguna manera y no era extraño, pues Sigbjorn tenía treinta y siete años, hecho que recordó inmediatamente cuando el hombre añadió:

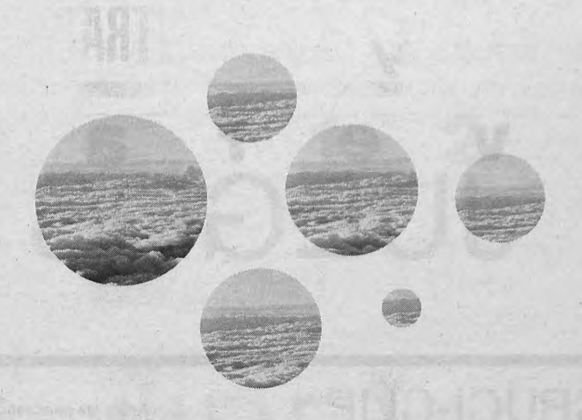
–Ha corrido mucha agua debajo de este puente desde que estuve aquí la última vez.

Las remotas luces del puente estaban ya casi inmediatamente debajo de ellos; el avión describía círculos para ganar altura.



Cuando soltaron sus cinturones, Primrose se dispuso a dormir sobre el hombro de Sigbjorn, mientras él se preguntaba si tendría suficiente coraje como para quitarse los zapatos.

e yace mi amigo



adamente a los inspectores de la inmi-
. De cualquier modo, aquí estaban
abiendo pasado esa frontera, más allá
y una sensación de intensa libertad lo
ante esa idea: la de volar hasta el final
Estados Unidos, bajando por el costa-
e del mapa, sobre ese territorio que le
hibido (asolado por el fuego, aquí
n, hasta donde llegase la mirada);
do no sólo porque lo señalaron como
rsona capaz de convertirse en una car-
ica, sino porque el territorio era neu-
aquel momento y él se proponía cru-
ra pelear en una guerra extranjera en
dicho sea de paso, jamás participó en
de nada; de modo que era verdad que
s le había salvado la vida, cosa por la
idaba a menudo de estar agradecido
aría alguna vez, excepto cuando la in-
ba como "nuestra vida juntos"?– ba-
bajando, por encima de las cordilleras
tales, ganándole a la puesta del sol;
jando ahora hacia la oscuridad total,
a Frisco que escupía fuego, luces co-
lazada, ciudades como azúcar cande,
omo un signo de interrogación, una
de ómnibus hecha de perlas... baja-
a beber una copa. En el aeropuerto de
ncisco el tiempo era bueno, con es-
laras. "Alis volat propiis", comentó
n, volviéndose un instante hacia el fiel
que se veía en su talante menos fami-
ncioso y estacionario, dócil objeto
ciente a un campo de aterrizaje.
é significa eso?
ene que decirte un inglés el lema de tu
estado?
a con sus propias alas, no como el ine-
pájaro con una sola. Bueno, es el de
o el de California.
es el de California. ¿Así que conse-
por fin, llegar a San Francisco?
rose podía reír ahora.
e es su primer vuelo? –les preguntaba
pañero de viaje.
pero es nuestra primera copa de
escocés decente desde hace media dé-
ijo Sigbjorn, aunque ahora que la te-
bor le pareció un poco a medicina y,
pedir otra, le dio a Primrose la mitad
ya.
edes son de Seattle?
adá... Es decir, mi mujer es nortea-
a. Yo soy... bueno... de cualquier

cuenta céntimos por un trago –decía
e–. Es realmente caro.
ómo! ¿De vacaciones?
mos en nuestra luna de miel.

vamos a ver a un amigo mío en Méxi-
que todavía está allí... Hace cinco años
casamos, pero todavía estamos en

nuestra luna de miel –Sigbjorn explicó apresuradamente–. Pero –agregó luego– nuestra casa se quemó... aunque salvamos el bosque.

Aunque este último suceso había tenido lugar hacía dieciocho meses, los Wilderness todavía sentían la necesidad de hablar de ello, evidentemente. Pero ¿tendría algo que ver con el hecho de que él, Sigbjorn, tuviese esa ridícula necesidad de dar cuenta y razón de sí? Y ¿por qué había mencionado eso de la luna de miel, una pequeña broma íntima entre él y Primrose? ¿Por qué hacía estas cosas? Y ¿por qué demonios todo el mundo era tan suspicaz, todavía? ¿Qué derecho tenían de interrogarlo a uno? –se preguntó Sigbjorn mientras subían otra vez al avión, lamentando ahora el haber hablado de México, cosa que podría parecer sospechosa en sí. Y eso, después de tres meses de concluida la guerra. Tal vez fuese el abrigo de Primrose, de zorrino del Artico, el regalo anticipado de él para el aniversario de su casamiento: las gentes podrían creerla una espía rusa. Justamente ahora había en Canadá un ambiente de miedo al espionaje y, a juzgar por las apariencias, el de Estados Unidos era peor aún. El solo hecho de venir del Canadá, con su relativa proximidad a Rusia, podría parecer todavía más sospechoso que el de ir a México. Sigbjorn estaba tan perturbado, con toda seriedad, que ahora sentía haberle dado la mitad de su copa a Primrose; su cinturón de seguridad le daba trabajo y, después que la nueva azafata colgó, llena de admiración, el hermoso abrigo, Primrose tuvo que ajustarle la correa. Se elevaban sobre San Francisco; se inclinó para ver las luces otra vez, abajo y detrás, a la distancia, y Sigbjorn pensó en el atronar diatónico de la sirena de nieblas en el gran puente. Aquella vez que le negaron la entrada en la frontera, se había imaginado cruzando el puente con Primrose. Ni siquiera ahora podía pensar en cómo ella lo esperó en vano en esa ciudad, pues así ocurrió. Sus primeros mensajes se habían perdido, de algún modo. No obstante, todo llevó a una conclusión dichosa: Primrose fue en cambio al Canadá y ahora, después de un matrimonio feliz de varios años, estaban volando sobre el puente, habían pasado literalmente por encima de él, como diría ella. Cuando soltaron sus cinturones, Primrose se dispuso a dormir sobre el hombro de Sigbjorn, mientras él se preguntaba si tendría suficiente coraje como para quitarse los zapatos. Decidió, a pesar de que sus asientos estaban detrás, que no lo tenía. Absteniéndose de fumar por temor a molestarla, Sigbjorn se las arregló de algún modo para mantener en alto su pie derecho: ambos pies estaban ligeramente hinchados todavía, pero el derecho era el peor. Faltaban quinientas millas para la próxima escala, Los Angeles. Y, aunque el vuelo fuese una forma de viajar que recibía más elogios de los merecidos, esto era mejor al menos que estar sentado con los dos pies en un balde de agua caliente, *cinco minutos* después de tenerlos en otro de agua fría, en su pobre casa amada y lluviosa en Eridanus, British Columbia, que estuvieron construyendo sobre lo que quedaba de su viejo solar incendiado, entre la ensenada y el bosque –era mejor, por cierto, para la pobre Primrose que, ahora que se les había secado el pozo, tenía que arrastrar ella misma el agua desde el almacén, y esto poco después de recobrarse de una peligrosa infección.

–Venga aquí, hijo; tendrá una vista mejor.

–El pasajero que les había hablado en el bar se inclinaba sobre el pasillo y Sigbjorn, viendo que ahora había un asiento vacío al lado de él, sonrió a Primrose y fue a sentarse en el otro lugar, preguntándose al mismo tiempo por qué había permitido que presumiesen que deseaba hacerlo. Acaso fue aquello de "hijo" lo que lo consiguió; lo conmovió de alguna manera y no era extraño, pues Sigbjorn tenía treinta y siete años, hecho que recordó inmediatamente cuando el hombre añadió:

–Ha corrido mucha agua debajo de este puente desde que estuve aquí la última vez.

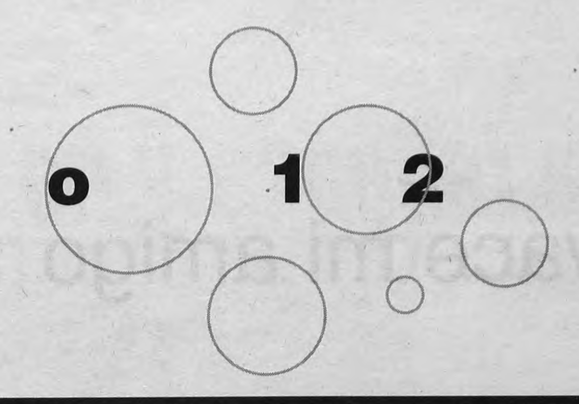
Las remotas luces del puente estaban ya casi inmediatamente debajo de ellos; el avión describía círculos para ganar altura.

Cuando soltaron sus cinturones, Primrose se dispuso a dormir sobre el hombro de Sigbjorn, mientras él se preguntaba si tendría suficiente coraje como para quitarse los zapatos.

Se reproduce por gentileza de Editorial Tusquets.

verano 12

JUEGOS

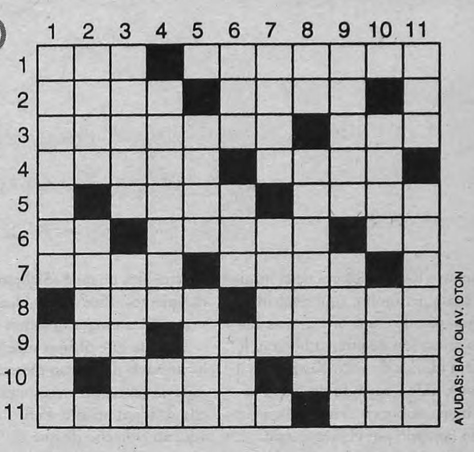


CRUCI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

AVES CORREDORAS AUSTRALIANAS · AVESTRUCES AMERICANOS · ENTIDADES · DE COLOR PARECIDO AL OCRE · DE LA MAGIA · SE PERCATASE, PERCIBIESE · CONSONANTE EN PLURAL · MINUTA, LISTA DE PLATOS · AGARRADERA · SATISFECHO, UFANO · SORTIJA, ALIANZA · ENGRASÉ · PARTÍCULA DE LÍQUIDO · PARAÍSO TERRENAL · ESTADO ASIÁTICO · CIUDAD DE ITALIA · UNÍ CON HILO Y AGUJA · RIVAL, COMPETIDOR · ARCAS GRANDES · BARRIL · LAS QUE ESTÁN ALLÍ · QUE VENDE CARO · COMBATID, LUCHAD · (GARCÍA) POETA ESPAÑOL · EL INFIERNO · PORCIÓN DE NIEVE QUE CAE · LLAGA · HERRUMBRE · (... MAGNANI) ACTRIZ ITALIANA · ALABANZA · SE INCLINA EL BUQUE · ADORNE · PREPAREN LAS ERAS · ENGORDARÍAN A LOS ANIMALES · (ME) ME FUNDAMENTO · SINUOSIDAD

CLASICO



AYUDAS: BAO, OLAV, OTON

HORIZONTALES

1. En fútbol, tanto./ Pendiente, cuesta de un terreno.
2. Espacio celeste./ Sufragio.
3. Caerán dando vueltas./ Poéticamente, diosa.
4. Falda de las indias peruanas./ Fruto pintón.
5. Cavidad grande y profunda en la Tierra./ Licor de Oriente.
6. Hija de Inaco./ Echan sal./ Sodio.
7. Ciudad de España./ Rey noruego.
8. Poner las eras al huerto./ Gordo.
9. Ofidio de gran tamaño./ Untar con aceite.
10. Recipiente con asa para beber./ Parte interna del aparato auditivo.
11. Condimento./ Vocal en plural.

VERTICALES

1. Planta de la familia de las geraniáceas./ Viga de un barco.
2. Rey germano./ Pintura hecha con colores disueltos en aceite.
3. Alegres (fem.)./ Loco.
4. Que practica el racismo./ Símbolo de la plata.
5. Capital de Italia./ Estirpe, linaje.
6. Primera mujer./ Papagayo./ Perro.
7. Fruto de las coníferas./ Rumiante, anta.
8. Litro./ Pájaro amarillo de canto melodioso.
9. Cubrir con iodo./ Unidad de potencia.
10. Impulso./ (Marqués de) Escritor francés.
11. Letra griega./ Melodiosos.

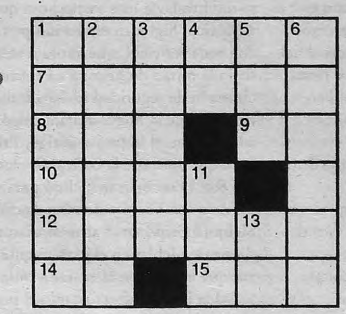
ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

CANTO	MUSA
VOCES	ARTE

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).



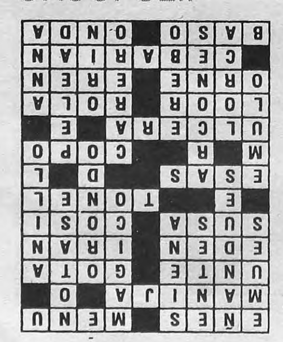
HORIZONTALES
1. Cuidar.
7. Habité.
8. Ilo.
9. Ga.
10. Maní.
12. Tumbad.
14. Es.
15. Nao.

VERTICALES
1. Olores.
2. Soltero.
3. Unías.
4. Id.
5. Día.
6. Severo.
11 Lía.
13. Ni.

SOLUCIONES



CRUCI-CLIP



CLASICO

ESCALERAS

A. Canto, santo, saneo, sanes, canes, caces, coces, voces. B. Musa, mula, aula, allá, alta, anta, ante, arte.

¿ANAGRAMA O SINONIMO?